

MARCELA CROCE

ÍMPETU CANÓNICO Y DIVISA CRÍTICA

Un itinerario de literaturas comparadas en América Latina

ABSTRACT The article postulates a tour on Latin American culture that begins in the resistance of Haitian slaves against French power, which is the independent and republican model established in the 19th century on continental countries. From this vocation to resistance, this paper comes to terms with postcolonial theory and its aim to establish a model study for Latin America, based on metropolitan patterns, relegating literary production to “testimony” or “non-fiction”, restating in this field the international division of labour existing on the economic and political level. In order to oppose the imperial labels imposed on the continent, the last segment of the paper deals with the emergence of a Latin American canon, underlying its most productive alternatives.

KEYWORDS Comparative Literature, Latin American Theory and Criticism, Latin American Literary Canon

Ajustándome a la tradición secular que arrastra el título del ensayo luminoso de Pedro Henríquez Ureña “La utopía de América” (1925), iniciaré este recorrido en una isla. Las indagaciones europeas del “no lugar” encontraron en el territorio insular de Tomás Moro su epicentro para expandirse en el siglo siguiente en la fantasía dramática de *La Tempestad* shakespeariana que obsequió a América Latina con dos figuraciones que obtuvieron una acogida inesperada para definir el itinerario de las ideas continentales del siglo XX: Ariel y Calibán. El espíritu alado que informa a los intelectuales orgánicos latinoamericanos campea en el ensayo *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó, que inaugura puntualmente la centuria dando resonancia al episodio bélico de 1898 por el cual Estados Unidos se alzó con el control del Caribe. La figura instintiva y pedestre de Calibán es recuperada siete décadas más tarde, cuando Roberto Fernández Retamar publica en 1971 el ensayo *Calibán* con el que replica dramáticamente la advertencia de Rodó en el marco de la Revolución Cubana.

Sin embargo, no es Cuba la isla a la que apelo en primera instancia, pese a su papel central en la constitución de la idea de América Latina, desde los textos programáticos de José Martí que reconocen al continente con el apelativo entrañable de “Nuestra América” hasta la función de motor cultural que el pequeño territorio caribeño adquirió en la década de 1960 al expandir desde Casa de las Américas la narrativa latinoamericana

reunida en el fenómeno del *boom*. Se trata de un sector vecino que ostenta el privilegio de constituir la primera república al cabo de la prolongada colonización a que fue sometido el territorio situado al oeste del Atlántico: el recorte occidental de la isla La Hispaniola que corresponde a Haití. Allí, entre 1791 y 1803, los pobladores se insubordinaron ante el dominio francés, demostraron que la homogeneización pretendida por el créole así como había favorecido la explotación era igualmente apta para la liberación, y rescataron la palabra de origen taíno que designa al lugar (Grüner, 2010a: 85), escamoteando en la preferencia indígena la tradición cristiana de Saint Domingue y renunciando a los coletazos iluministas que no solo habían silenciado la explotación más inicua sino que habían hecho de alguno de sus voceros intelectuales – como Voltaire – un próspero empresario esclavista.

A este pequeño sector insular le otorga la condición de Aleph que anticipa y exagera la historia mundial. En tal sentido, la figura del cabecilla independentista Toussaint L'Ouverture es el emblema de un inicio mucho más amplio que el de la independencia latinoamericana: el de la supresión de la esclavitud como práctica global. La Constitución que redactó para la primera república negra del mundo marcaba los límites insoslayables de la Declaración de los Derechos del Hombre proclamada en París en 1789. Es el fundamento al que, incluso sin menciones explícitas, acuden tanto la teoría de la “negritud” enunciada por el presidente senegalés Léopold Sédar Senghor a mediados del siglo XX como la superación dialéctica practicada por el martiniqueño Frantz Fanon mientras promovía la independencia argelina y asentaba su método de descolonización psiquiátrica en *Los condenados de la tierra* (1961). La independencia latinoamericana de comienzos del siglo XIX y la norafricana de mediados del XX se entrelazan en su ímpetu, sus enunciados y sus alcances, de modo que los ensayos producidos en esas dos zonas alejadas geográficamente se intersectan en la nomenclatura “Tercer Mundo”.

Las noticias del levantamiento de esclavos isleños se extendieron por toda Europa y plasmaron una imagen de la Revolución que se instaló de manera definitiva en las páginas de la *Fenomenología del Espíritu* de Georg Hegel, según estableció Susan Buck-Morss, desbaratando la pretensión de que fueran los hechos de París de julio del 89 los que hubieran inspirado al filósofo. No faltan los críticos que descartan la hipótesis de Buck-Morss aduciendo que Haití no se menciona nunca en las páginas del *Opus Magnum* hegeliano, aunque mantienen el recaudo de no verificar que tampoco Francia aparece como eventual modelo para las reflexiones sobre la dialéctica del amo y el esclavo.

La recuperación de Haití en tanto comienzo de la historia independiente de América Latina, además de ser el antecedente más honroso de los emprendimientos de liberación continental, exige una especificación de los alcances de Latinoamérica. Bajo esta designación, tanto el chileno Francisco Bilbao como el colombiano José María Torres Caicedo englobaron un orden cultural al que tributaban fundamentalmente las antiguas colonias hispánicas –asentadas al comienzo sobre los imperios indígenas-- pero también otros representantes de esa abstracción que es la Latinidad, como los portugueses que se instalaron en Brasil y los franceses que siguen manteniendo territorios de ultramar en

Guadalupe y Martinica. Sin embargo, el término resulta estrecho al excluir a aquellos pueblos que por proximidad geográfica, sujeción histórica y disposición cultural aparecen integrados en un mismo conglomerado, como ocurre con las colonias inglesas y holandesas de América Central.

Insistiré en este punto: pese a que la designación fue elaborada en el continente, el mayor desarrollo de la idea de América Latina procede del Caribe. Entre 1880 y 1895 dos fantasías de isleños promueven un territorio latinoamericano unificado como bastión contra el avance norteamericano. Tanto Eugenio María de Hostos como Martí contemplan con entusiasmo la modernidad del Norte, y en esa actitud de vehemente actualización se filtra una amenaza. Hostos se fija en Norteamérica como modelo político válido para desprenderse del conservadurismo español sin prever la condición servil de “Estado libre asociado” que acecha en esa aproximación, concretada desde mediados del siglo XX. Martí se afina en Nueva York para expandir la propaganda revolucionaria. El poeta no llegará a ver la provocación y los efectos de la guerra hispano-norteamericana al morir en una batalla contra la península en 1895, pero alcanza a preverlos en la imagen que lo perturba desde la Primera Conferencia Panamericana (1889), en la cual el águila calva extiende las alas siniestras y ciñe con sus garras la alianza continental. El educador Hostos será el responsable de la Escuela Normal de República Dominicana donde se forman esos tres latinoamericanistas que son los hermanos Henríquez Ureña, exiliados de la patria: Pedro en México, Cuba y Argentina (con un paso por la cátedra de Harvard donde historizó las corrientes literarias hispanoamericanas); Max y Camila en la tierra de Martí. Contradicciones, vaivenes y reveses que, como en la equívoca postergación de los inicios negros de la independencia del continente, constituyen por sí mismos una alerta sobre los modos de inserción de América Latina en el mundo y sus formas de adaptación a la modernidad.

En tal sentido debo encararme con una amenaza que se cierne sobre Latinoamérica en el orden cultural. Los estudios poscoloniales, con la irreverente prescindencia de la T del prefijo en función del criterio simplificador y atropellado impuesto por la Real Academia Española, son el modo de abordaje contemporáneo de las cuestiones locales. Erigidos en método, aunque lo metódico vacila en su composición, se exaltan con algunas etiquetas cuya repetición aspira a convertirse en concepto. Si bien no desdeñan nociones elaboradas por teóricos de origen indio tildados de “subalternos” como Spivak o Chakrabarty y elevan a catecismo las complejas adaptaciones derrideanas que postula Homi Bhabha, se empeñan en recortarse sobre el orden occidental y sostienen que no hay más colonialidad que la de esa procedencia, comenzando por la expansión española en América desde la Conquista en el siglo XVI.

El filósofo Arturo Andrés Roig (2008) insiste en que conquista y colonización son un mismo proceso; los estudios poscoloniales apuntan a la disociación y se preocupan antes que por la historia –proclaman dedicarse, de hecho, a los “pueblos sin historia” en términos de marbetes coloniales–, por la elegancia enunciativa. También persisten más inclinados a coincidencias esporádicas resueltas en “transdisciplinariedad” que a

comparaciones estrictas. Si es posible trazar un paralelo sin que me aceche la acusación de adherir a una circularidad de la historia, podría decir que los estudios poscoloniales representan en el orden latinoamericano lo que Antonio Candido llamó “conciencia gozosa del subdesarrollo” en los modernistas paulistas de los 30, y continuando el parangón debería prever que cuando se agoten sus vagos optimismos sobrevendrá la “conciencia dramática del subdesarrollo” que en los 60 dio origen a la Teoría de la Dependencia en Brasil (Candido, 1989).

Un obstáculo no menor para el poscolonialismo es la necesidad de recurrir a la traducción, ya que estos estudios se escriben en inglés pero se ocupan fundamentalmente de textos en lenguas “colonizadas”. La teoría se ofrece entonces como *lingua franca*, subrayando en tal pretensión lo que Renato Ortiz condenó como “la supremacía del inglés” (Ortiz, 2004). El cambio de vocabulario y la inauguración terminológica exhiben la primera señal de ajuste teórico pero no logran eludir la doble paradoja del poscolonialismo: por un lado, la confianza en el prefijo “post” que ubica la colonización en el pasado pese a que se dedica a rastrear sus permanencias en el presente y sus amenazas en el futuro; por el otro, la inevitable pregunta acerca de hasta dónde unos estudios planteados desde Estados Unidos, ejercidos por norteamericanos o por latinoamericanos transplantados y orgullosos de su situación en las universidades metropolitanas, contribuyen a una teoría efectivamente independiente.

Tal abordaje procura otorgar a América Latina una unidad de la cual carece y cuya consecución es, como advirtió Ángel Rama en una de sus intuiciones más fecundas, una utopía intelectual. La fragmentación constitutiva de la supranacionalidad deseable no puede suturarse mediante artículos, libros, *papers* y compilaciones producidos en Estados Unidos. Es preferible practicar desde el propio terreno esa forma de la melancolía que consiste no ya en el lamento sino en la rebelión por la pérdida de una unidad que en verdad nunca existió, y que si logró cierta uniformidad durante el dominio colonial, no se trata justamente de una situación a la cual convenga retrotraerse. La melancolía crítica --sin nostalgia ni *saudade* sino como impulso creativo-- es la respuesta emocional a la violencia del colonizador y trasunta la eficacia de una resistencia que entiende que en las categorías pretenciosas se arroja una amenaza tan enconada como la del agresor directo.

Sospecho, por añadidura, que el poscolonialismo, tal vez por cierta determinación arrastrada por el prefijo al cual no han podido sustraerse sus cultores, es un planteo superado de antemano, a partir del concepto de transculturación establecido por Rama (1983), al que cabría sumar la noción de heterogeneidad perfilada por Antonio Cornejo Polar, mientras en el orden de lo post se recuperan anacronismos como el “mestizaje”, que no logra superar los componentes raciales pese a las múltiples señales que la filosofía y la ciencia exhibieron sobre la insuficiencia de tal enfoque. Los latinoamericanos demuestran así su primacía y su magisterio para entrenar a los metropolitanos que admiten cualquier transgresión, incluso la de la adopción “bárbara” de sus recursos “civilizados”, excepto la de la originalidad que los aplasta y que revela que todos sus

recursos económicos, bibliográficos y de *full time* se estrellan en el esfuerzo consecuente y esperanzado del pensamiento “salvaje” que florece en condiciones extremas, en el marco de una crisis constante que se reconoce como el contorno idóneo para producir respuestas y que llega a la felicidad de un enunciado no lastrado por prejuicios ni genuflexiones.

La colonialidad del poder, como la retoma Walter Dignolo a partir de los desarrollos de Aníbal Quijano (Quijano, 1997; Dignolo, 2003) transforma todo discurso de resistencia en subalterno, así como toda diferencia en valor. Los mismos enunciadore del poscolonialismo se perciben subalternos en sus lugares de trabajo, conscientes de su situación de intelectuales diaspóricos que apuntan a “compensar” su sentimiento de inferioridad mediante el ajuste a modelos externos para estudiar sus zonas de origen y de pertenencia real. La adaptación, lejos de erigirse en solución transitoria, es una parte y un agravante del problema. Más aun cuando quienes se enfrentan a esa situación, al encarar la lectura de ciertos intelectuales brillantes, descubren “fundadores de discursividad” para la teoría latinoamericana, tan lúcidos como los que Michel Foucault estableció para el pensamiento moderno: Bilbao, Candido, Rama, Henríquez Ureña, José Carlos Mariátegui, Mariano Picón Salas, José Vasconcelos, Manuel Ugarte, José Ingenieros...

La teoría latinoamericana se produce desde el desafío y se remonta hacia la originalidad. El poscolonialismo admite a medias este aserto; así, el recorrido de la teoría poscolonial se va empedrando de paradojas: el capitalismo paradójico de América logró la coexistencia de la gran empresa con el esclavismo y conjugó las etapas históricas excluyentes según la sucesión europea; a su vez, la razón ingresó al “Nuevo Mundo” asentada en la fuerza, imponiéndose mediante la conquista. Lo que conduce al interrogante mayor: en medio de tal profusión de paradojas, de tantos desafíos a lo normativo, ¿no será más apta para América Latina una teoría paradójica que una reactiva, una provocación a la lógica que una aplicación de modelos razonados?

A fin de postular una propuesta superadora, cualquier teoría crítica para América Latina debe comenzar discontinuando la filosofía occidental, poniéndola en jaque en sus convicciones, sometiéndola tanto a desarrollos argumentativos como a comparaciones excesivas que la desestabilicen. La descolonización, si hay algo que pueda recibir tal nombre, comienza en la crítica y, especialmente, en la marcación de que ningún sistema de pensamiento puede aspirar a la validez universal. El deseo de ser metropolitano ha arruinado muchas tentativas teóricas que llevan la huella de esa vocación.

La homogeneización es el riesgo correlativo de la utopía unionista. Si por un lado se la puede evitar apelando a la heterogeneidad levantada por Cornejo Polar, por otro lado es posible conjurarla mediante el comparativismo como base de los estudios latinoamericanos, desprendido de juicios de valor en pro de diferencias y eventuales equivalencias. Los letrados –como le gustaba llamar a Rama a los intelectuales– son los mediadores en este proyecto, ya sea en sus enunciados, en sus ejercicios críticos, o en la provisión de herramientas metodológicas en tanto docentes. La superación del modelo metropolitano no puede resolverse en mera oposición: si no llega a alcanzar la

originalidad, al menos debe ser eficaz en su función crítica. Así como el posmodernismo fue identificado por Fredric Jameson como lógica cultural del capitalismo tardío que emprendió desde allí su desmoronamiento, al poscolonialismo como lógica cultural (o al menos modelo cultural) del neoliberalismo cabe reservarle una ejecución similar.

Formas del comparatismo latinoamericano

Los rastreos sobre literaturas comparadas en América Latina (Carvalho, 1996; Nitrini, 1997) se enfrascaron en historizar las prácticas comparativas para derivar luego en una nómina de ejercicios posibles: los tópicos, los movimientos, las estrategias de influencia, los trazados de afinidades, la traducción, las revistas. Otras alternativas, orientadas a una productividad mayor del método y una integración teórica específica (Rama, Pizarro), definieron la misma literatura latinoamericana como efecto de la comparación de literaturas nacionales de diversa envergadura. Rama (1972) creó en consonancia con esa voluntad una categoría que, tras una denominación de corte aldeano, aspira a una ampliación del horizonte crítico: la de *comarca*. Se trata de un territorio que puede ser tanto un recorte restringido como una postulación supranacional. Así distingue la comarca pampeana en el Cono Sur, la caribeña en Centroamérica, la andina atravesando el sector occidental del continente y la mexicana en América del Norte.

En la comarca se comparten principios que rigen más allá de las adscripciones nacionales. El sector integrado por el norte uruguayo, el sur brasileño y el litoral argentino se distingue radicalmente del que conforman Montevideo y Buenos Aires como centros rioplatenses, y asimismo del que enfrenta a Río de Janeiro y San Pablo como metrópolis. Las divisiones políticas resultan ignoradas y superadas por las inscripciones culturales. La regionalización que implica la comarca no conspira contra la unidad sino que, al contrario, constituye núcleos recortados que la verifican y ofrecen una mostración a escala de lo que puede ser la integración continental. La indagación de las comarcas habilita comparaciones que reorganizan la literatura latinoamericana: la relación del montevideano Juan Carlos Onetti con Buenos Aires constituye el acta de fundación de la ciudad imaginaria de Santa María en *La vida breve* (1950), por tomar un ejemplo sobresaliente de confirmación de la hipótesis comarcana. En contrapartida, el paso de Jorge Baron Biza por el colegio alemán de Montevideo para desafiar el grotesco criollo abundante en el *cocoliche* italiano mediante una mixtura desquiciada entre el alemán y el español rioplatense contribuye a la proliferación lingüística que diseña *El desierto y su semilla* (1998).

Eso supone reconocer asimismo el peso dominante que en algunas geografías revisten los centros urbanos en tanto espacios unificadores y de difusión cultural. Mencioné Río, San Pablo, Buenos Aires y Montevideo; debería sumar Ciudad de México, La Habana, Bogotá, Lima, Santiago de Chile y Caracas en el conjunto de círculos irradiadores. Ciudades letradas todas ellas, no se limitan a operar como sedes de grupos

literarios y de expansión editorial sino que se empeñan en ciertos géneros propiamente urbanos. Allí se instala la crónica, que en su versión carioca atraviesa los ejercicios sucesivos de Olavo Bilac, Rubem Braga y Clarice Lispector; recalca en la inmediatez periodística con que Roberto Arlt acomete las *Aguafuertes Porteñas*; sostiene el afán incisivo que Carlos Monsiváis aplica a recorrer la sensibilidad mexicana en los textos de *Días de guardar* y *Amor perdido* y sobresatura en la desfachatez *queer* con que Pedro Lemebel ilustra las páginas de *Loco afán*, *La esquina es mi corazón* o *Serenata cafiola*. El otro género típicamente urbano es el policial, que informa buena parte de la novelística de Osvaldo Soriano en la Argentina y, con la misma vocación de explicación política, se impone en *Agosto* de Rubem Fonseca, atraviesa las páginas de crónica roja que incluye *Conversación en la Catedral* de Mario Vargas Llosa y comienza a bambolearse hacia un texto más híbrido en la denuncia tenaz que cobija la llaneza retórica y la precisión informativa de *Las muertas* de Jorge Ibarguengoitia.

Es en ese vaivén donde se filtra el género que los estudios poscoloniales se empeñan en atribuir como originalidad latinoamericana, lo que trasunta una división de tareas intelectuales en la cual, mientras a las metrópolis culturales de Occidente les corresponde escribir literatura, a los países de América Latina apenas si les resta contar su propia historia. Es el caso del *testimonio*, intersectándose a veces con la *non fiction* y asimilando con frecuencia la *historia de vida* que se asoció antes a la investigación antropológica que a los afanes literarios. Confirmación de la “minoridad” latinoamericana, la historia de vida se inaugura en la investigación antropológica que Oscar Lewis cumple en *Los hijos de Sánchez* para elaborar el concepto de “cultura de la pobreza” e insiste en las versiones rural y urbana de Miguel Barnett, *Biografía de un cimarrón* e *Historia de Rachel*. Cuando llega a Ibarguengoitia ya está menos próxima a los ejercicios del antropólogo norteamericano que al carácter de denuncia que imprimió Rodolfo Walsh a su versión de la *non fiction* en *Operación Masacre* y *Caso Satanowsky*, ofreciendo una superposición con el género policial que se vuelve evidente en *¿Quién mató a Rosendo?*

Lo que se hace explícito con Walsh es que ni el género constituye una formulación menor ni su desarrollo se restringe a América Latina. Si bien es cierto que en esos textos se impone una versión no oficial de hechos que manifiestan la condición siniestra del Estado nacional –lo que se corresponde con la inflexión latinoamericana del policial negro que se enfoca en conflictos de justicia social antes que de legislación estatal–, también se comprueba que el método de reconstrucción, liderado por un sujeto solitario que realiza entrevistas a los personajes y reconocimientos sobre los territorios, anticipa en algunos años el modelo que procura consolidar en 1965 Truman Capote en *A sangre fría*.

No quisiera que este señalamiento sonara como una reivindicación de la originalidad latinoamericana en competencia con la metropolitana, en la misma serie en la que Henríquez Ureña colocaba la copia de Rubens de una pintura de Tiziano modificada a partir de la presencia de lo americano como origen del Manierismo, y en la que Rama arriesgaba que el Barroco es un invento de América porque sin el oro expoliado por los

peninsulares hubiera sido imposible el desarrollo de ese movimiento en Europa. Al contrario, procurando dialectizar el vínculo, rechazando mediante este artificio la vocación imperialista de Estados Unidos sobre el continente, es ineludible reconocer la incidencia –no la influencia, categoría colonialista ya vituperada por Rafael Gutiérrez Girardot-- de la literatura norteamericana sobre la latinoamericana.

En ese orden arraiga uno de los comparatismos más productivos de la literatura latinoamericana admitida como unidad, en razón de la integración comarcana y la vocación anfictionica que desde la convocatoria de Simón Bolívar (1826) se erige en plan continental. Se trata del que es posible trazar con la literatura norteamericana, abarcando tanto figuras y textos puntuales como tendencias y emprendimientos mayores. Así, si en la Santa María onettiana se reconoce la ontología de la aldea diseñada en la Yoknapatawpha de William Faulkner, la presencia del autor de *Mientras agonizo* impregna los inicios de Gabriel García Márquez, delinea el punto de vista caleidoscópico que campea en las primeras novelas de Mario Vargas Llosa y, más extensamente, diseña parte de los registros narrativos que conforman el *boom latinoamericano*. La figura de Henry James, con sus manejos ambiguos de la focalización y el lenguaje, impacta desde los hallazgos de *Otra vuelta de tuerca* sobre la indeterminación que rige *Los adioses* de Onetti. En el orden temático, en cambio, es notable la presencia de Herman Melville en Tomás de Mattos –para seguir en la comarca rioplatense--, cuya *Fragata de las máscaras* recupera la historia de *Benito Cereno* y la amplifica haciendo del juicio al capitán el centro de una trama en la que aparecen involucrados los sabios europeos Humboldt y Bonpland, también convocados por el desafío dramático que lanza Ibsen Martínez desde Venezuela en la obra *Humboldt y Bonpland, taxidermistas*.

En el orden teatral la relación de Latinoamérica con los Estados Unidos queda mediatizada por Europa. Si en la Colonia eran los autos sacramentales los que dominaban, con un claro propósito evangelizador que incurría en el sincretismo hasta llegar a la transculturación, durante el siglo XIX cultivó a medias el teatro de salón y las obras nativistas, hasta llegar en el XX a ajustarse a fenómenos occidentales. Por un lado, la recuperación de los clásicos griegos, que O'Neill inició con *El luto le sienta a Electra* en 1931, secundado una década después por los juegos alucinados que despliega *Electra Garrigó* (1941) de Virgilio Piñera. A la contextualización de O'Neill a fines de la guerra civil norteamericana le responde el cubano con una obra que revela el tradicionalismo cínico de La Habana, donde proliferan tanto la familia hispánica que mantiene las apariencias pero no el afecto, como los proxenetas que anuncian el negocio de turismo sexual que confirma a Cuba como el patio trasero de los Estados Unidos hasta la Revolución.

Piñera será también uno de los primeros ejecutantes del teatro del absurdo, y aunque su obra *Dos viejos pánicos* (1962) es tardía respecto de los ejercicios europeos de Eugene Ionesco, resulta contemporánea de las producciones de Edward Albee en el rubro, que se deslizan en *¿Quién le teme a Virginia Woolf?* (1964) hacia el teatro de la crueldad promovido por Antonin Artaud. A mitad de camino entre el absurdo y la crueldad,

aproximándose al modelo de Jean Genet, hay otras manifestaciones de una dramática asentada en los juegos, la circularidad, las repeticiones: así es posible leer en *La noche de los asesinos* de José Triana una versión latinoamericana de *Las criadas* de Genet.

Se impone, entonces, un comparatismo entre la literatura latinoamericana y la europea, y acaso en este punto convenga avanzar un paso más y establecer que algunos autores europeos *son también*, al menos a partir de algunas de sus obras, autores latinoamericanos. Si Rama no vaciló en incluir al barón de Humboldt con sus *Cartas Americanas* en la Biblioteca Ayacucho que recuperó los grandes textos continentales, puedo aventurarme a declarar que Joseph Conrad en *Nostramo* y Graham Greene en buena parte de sus libros corresponden a la literatura local. *Nostramo* relata un episodio clave para América Latina como es la independencia de Panamá respecto de Colombia, una secesión forzada por intereses norteamericanos cuyo propósito último era la construcción del canal interoceánico. Graham Greene, más ecuménico, se ocupó de configurar una geografía cultural latinoamericana, transitando Argentina en *El cónsul honorario*, Paraguay en *Viajes con mi tía*, México en *El poder y la gloria*, Panamá en la crónica *El general* donde cuenta su relación con Omar Torrijos, Cuba en *Nuestro hombre en La Habana* y Haití en *Los comediantes*, oportunidad en que denuncia la existencia de los *tonton-macoutes*, fuerza de choque empleada por el gobierno dictatorial de Jean-Claude Duvalier, el temible Papá Doc.

Se cierra así en 1964 el círculo iniciado con el Haití revolucionario en 1803, al menos a los fines de esta exposición. Pero como no es mi objetivo solazarme en una circularidad viciosa sino indagar las alternativas del comparatismo latinoamericano y sus vínculos con otras literaturas, me detengo finalmente en un punto ineludible de definición literaria y de reconocimiento cultural: el canon que, con arbitrariedades forzosas y con entusiasmos superlativos, permite reconocer la existencia de este objeto tan volátil, de esta utopía intelectual que es América Latina. Me lanzo, entonces, a un recorrido por las voluntariosas formulaciones de cánones latinoamericanos deteniéndome en las dos que han renovado, si bien parcialmente, los afanes cuantitativos de los historiadores literarios. Así abordaré la Biblioteca Ayacucho proyectada y ejecutada por Ángel Rama y la Colección Archivos que bajo los auspicios de la UNESCO apareció diez años más tarde y fue el primer ejemplo de la utilización de criterios literarios para estudiar la literatura, algo que en otro ámbito podría parecer perogrullesco pero que en este dominio marca una originalidad.

Clásicos, canónicos, memorables

Me gustaría abordar este punto a partir de una *boutade* de Ítalo Calvino que, al tiempo que enuncia su tenaz desconfianza hacia esa categoría tan bastardeada y acaso legítimamente sospechosa que se reúne en la palabra “intelectual”, precisa la condición de los textos que reclaman una lectura al menos doble. Como las versiones, los clásicos demandan que haya dos acercamientos, y mejor si son múltiples, para confirmar su

identidad. “Los clásicos son esos libros de los cuales se suele oír decir: ‘Estoy relejendo...’ y nunca ‘Estoy leyendo...’” (Calvino, 1993). ¿Y qué otro lector que el que ha perdido la inocencia –esa sensación de descubrimiento permanente que fue aplastada por la intertextualidad como patrón de sociabilidad de los textos– es el que entiende que “leer” un clásico es una confesión vergonzosa y que “releerlo” es, en cambio, una marca de legitimidad?

La Biblioteca Ayacucho, repositorio de clásicos continentales, fue creada en 1974 para conmemorar el sesquicentenario de la batalla que confirmó la independencia hispanoamericana el 9 de diciembre de 1824 con el triunfo de las fuerzas comandadas por el mariscal Antonio José de Sucre. Ángel Rama, principal impulsor y evidente ideólogo de la colección, se había instalado en Caracas como profesor universitario cuando a mediados de 1973 sobrevino el golpe de Estado en Uruguay que le impidió el regreso. Exiliado forzoso –y el exilio es una de las experiencias en que confluye la intelectualidad latinoamericana--, se involucró en la vida cultural venezolana y, junto con el poeta José Ramón Medina, decidió apuntalar desde la literatura la unidad local.

En ese ambiente se materializó el proyecto que conformó el primer canon latinoamericano pensado desde Latinoamérica, tras el emprendimiento que dejó trunco en 1946 la muerte de Pedro Henríquez Ureña, promotor de la Colección Americana en la editorial Fondo de Cultura Económica, iniciada con el *Popol Vuh*. La matriz que diseñaba esta colección fue el listado de obras que, articuladas en acopios nacionales y movimientos literarios, sostiene las páginas eruditas de *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1949) en que adquieren forma de tratado integral las conferencias que Henríquez Ureña dictó en el Fogg Museum of Arts de Harvard, publicadas en inglés en 1945.

Un nombre como Ayacucho reclamaba una insignia más política que literaria, que se imprime en varios números de la colección y notoriamente en el primero, donde quedan reunidos los textos que constituyen la *Doctrina del Libertador* Simón Bolívar. Tras este arranque, la biblioteca derivaba en la poesía del *Canto General* (nº 2) para definirse por la intersección de literatura y protofilosofía en el ensayo de Rodó *Ariel* (nº 3). Si la presencia rectora de Bolívar implica un entusiasmo latinoamericanista también arrastra la desazón del general por la ímproba labor de Sísifo de “arar en el mar”; y me recorre la tenaz sospecha de que el propio Rama emuló en ambos puntos el itinerario bolivariano. Sin embargo, antes de definirse por el pesimismo, decidió ampliar los límites de lo que se difundía como Latinoamérica, desafiando el inicio independentista con el retorno a la colonización y el virreinato en los *Comentarios reales del Inca Garcilaso* (nº 5 y 6), la *Nueva Corónica* de Guamán Poma y las crónicas mexicanas de Francisco López de Gómara (nº 65) y fray Bernardino de Sahagún (nº 80), y prosiguiendo en mínima parte el proyecto de Henríquez Ureña al evitar el *Popol Vuh* como obra pero retribuyendo el aporte indígena con volúmenes de *Literatura del México Antiguo* (nº 28), *Literatura Maya* (nº 57) y *Literatura quechua* (nº 78).

La integración es la nota dominante en varios números en cuya reunión alternan razones genéricas, étnicas e históricas congruentes con las razones políticas que nuclean volúmenes como *Pensamiento político de la emancipación* (nº 23 y 24), *La Reforma Universitaria* (nº 39), *Pensamiento positivista latinoamericano* (nº 71 y 72) –habida cuenta de la función que el positivismo tuvo en los gobiernos de Porfirio Díaz en México, los mariscales en Brasil y el general Roca en la Argentina--, o justificaciones sociales como las que alientan en *Antecedentes de la historia social latinoamericana* (nº 240) y *Textos de la Revolución Mexicana* (nº 246).

Sin embargo, no son tales recuentos las mayores originalidades de la Biblioteca Ayacucho, que revela las intuiciones y los empecinamientos críticos de Rama a través de audacias como la de incluir a Filipinas mediante *Noli me tangere* de José Rizal (nº 10), determinando la adscripción latinoamericana en torno a la política hacia Estados Unidos alrededor de 1898 –lo que reafirma la primacía del *Ariel*–; o la de abrir el espacio al ámbito lusoparlante mediante la inclusión de brasileños como los poetas Oswald y Mário de Andrade, el ensayista Sérgio Buarque de Holanda, los antropólogos Gilberto Freyre y Darcy Ribeiro y el crítico Antonio Candido; para celebrar finalmente la integridad latina de América con la presencia del haitiano Jacques Roumain, única presencia caribeña no hispánica. A lo que no se atreve la colección es a introducir al Caribe no latino que por intersección geográfica, situación histórica, homología política y simpatía cultural podría participar de la serie de títulos con tanto derecho como el que asiste al alemán Humboldt en el desgranamiento de sus *Cartas americanas* (nº 74), probable fundador de la literatura latinoamericana moderna.

Pero la incorporación de autores no americanos (con esa mínima excepción) resultaba tan remota para el directorio de funcionarios de Biblioteca Ayacucho como inevitable era la proliferación de nombres venezolanos en el listado general. No solicito el imposible reemplazo de autores impuestos por el directorio (sería absurdo hacerlo retrospectivamente); apenas lamento la exclusión de aquellos que hubieran permitido una mirada más productiva sobre América Latina, como el D. H. Lawrence de *La serpiente emplumada* que se fascina con México, el presunto espía británico Graham Greene ya comentado y el imperialista Conrad que hilvana denuestos e incapacidades con epicentro caribeño en la fantasía de *Nostromo*.

Lo que detrás de la voluntariosa empresa documentada en casi doscientos cincuenta libros sigue sin resolverse es una definición amplia, pero no por eso exenta de rigor, de lo que es América Latina. Un canon dudoso que prescinde de las épicas locales (acaso sospechadas de nacionalismo gárrulo) y en el que campean multitud de invitados descolocados, que convoca a Filipinas y Haití pero omite a Martinica y Trinidad, que convida a Humboldt para el siglo XIX y suprime a ingleses y norteamericanos que registraron el siglo XX, conserva la vigencia del entramado novedoso pero reclama la sutura de esas cicatrices metodológicas que amenazan la ontología de la esperanzada serie. Con un rigor estudiado, la Colección Archivos no procura remendar los huecos de Ayacucho sino apenas adherir a la felicidad de un catálogo consensuado –sin detenerse

en las diferencias que resultan achatadas o anuladas por el ecumenismo forzado del acuerdo—, a lo sumo escogiendo otras obras de los mismos autores, como si Ayacucho trazara un listado de nombres de escritores y Archivos se dedicara a precisar predicados más convenientes muchas veces para los mismos sujetos.

La función conservadora del Archivo

Ya desde la caracterización misma del emprendimiento se verifica la distancia de propósitos entre la Biblioteca Ayacucho y la Colección Archivos. A la sucesión desjerarquizada de títulos que se acumulan en la biblioteca, sin exigencias cronológicas ni restricciones de género, sobreviene el rigor ordenancista del archivo. Al empeño por situar en la historia las obras seleccionadas tras garantizar cierta representatividad textual (no siempre literaria) y al trazado de series que habilitan volúmenes de confluencia múltiple, les sucede una metodología precisa que tras el arraigo filológico se especializa en la estilística y se define como crítica genética. El carácter del texto cede entonces a la exigencia literaria indeclinable y comienzan a importar menos los valores de circulación y recepción de una obra que la disponibilidad de los manuscritos para incluir las sucesivas variaciones.

Correlativamente, si en la Biblioteca Ayacucho sobresalía algún prólogo por la fama de quien lo firmara o por la originalidad de su planteo —y son modélicos en tal sentido el de Darcy Ribeiro a *Casa Grande & Senzala* y el de Rama a la poesía de Rubén Darío—, en la Colección Archivos es la idoneidad del anotador lo que define la edición. O mejor: son más relevantes las ediciones que las obras, y el trabajo genético de reconstrucción es prueba y cifra de la labor escrituraria de creación.

Sin embargo, no declina la condición canónica de los volúmenes, aunque quede soterrada por el aparato teórico que la asiste. Lo verifica la copiosa reiteración de autores y títulos que registra Archivos respecto de Ayacucho, aunque es más frecuente que se publiquen diversas obras de un mismo autor (un ejemplo es José Lezama Lima, cuyo *Paradiso* anotado por Cintio Vitier se despega de la Antología de poesía y prosa al cuidado de Julio Ortega en Ayacucho) o bien que se seleccione un texto puntual donde antes proliferaban (así lo confirma *Macunaíma* de Mário de Andrade abordado por Telê Porto Ancona Lopes, desprendiendo la rapsodia del conjunto integrado por *Novela, cuento, ensayo, epistolario* reunido por Gilda de Mello e Souza para Ayacucho).

Pero donde mayor labor integradora para América Latina cumple Archivos es en la edición de cada obra en su lengua original. Requisito filológico ineludible, familiariza a los lectores de habla hispana con la lengua portuguesa que emplean en Brasil autores como el mencionado Mário de Andrade (nº 6), la ya entonces popularizada Clarice Lispector (cuya fama se ha fortificado desde los inicios de la colección en 1984) a quien se retoma desde su primera novela, *A Paixão segundo G.H.* (nº 13), el extraño Lúcio Cardoso de la magnífica y a la vez decadente *Crônica da casa assassinada* (nº 18), el irónico Lima Barreto de *Triste fim de Policarpo Quaresma* (nº 30), el precursor Manuel Bandeira

con su *Libertinagem* (nº 33) y el previsible Gilberto Freyre de *Casa Grande & Senzala* (nº 53). Lo que resultaba imprevisto era la inclusión de *Mensagem – Poemas esotéricos* de Fernando Pessoa, en un gesto que parece alentar la alocada trilogía de Harold Bloom “Borges, Neruda, Pessoa” en *El canon occidental* (Bloom, 2009). Menos sorpresiva es la presencia de Jacques Roumain, cuya novela más difundida aparece flanqueada por otros textos en las *Oeuvres complètes* (nº 56), única intervención del francés y simultáneamente clausura de la serie clásica a la que sucede la “Nueva serie” que promete una contemporaneidad estricta con los títulos de Onetti, Sabato y Saer para defraudarla con la recuperación del chileno Juan Emar que alcanzó su esplendor editorial en la década de 1930.

Las obras que configuran la Colección Archivos parecen confirmar que la elección de autores de la Biblioteca Ayacucho es la guía irrenunciable. Los cambios de textos responden a la exigencia geneticista: por eso Martínez Estrada está aquí representado por *Radiografía de la pampa* (nº 19) en vez de las *Semejanzas y diferencias entre los países de América Latina*; Rómulo Gallegos por *Canaima* (nº 20) en lugar del más clásico *Doña Bárbara*; Sarmiento por los *Viajes* (nº 27), cuyos cuadernos autorizan un trabajo textual que el *Facundo* —mucho más representativo como ensayo sociológico y como texto clave latinoamericano— rehúsa; Pedro Henríquez Ureña por una selección de *Ensayos* (nº 35) que amplía el recorte de Ayacucho sobre *La utopía de América*; José Vasconcelos por los escauceos autobiográficos del *Ulises criollo* (nº 38) en reemplazo de la más vaga *Obra selecta*; Pablo Palacio por sus *Obras completas* (nº 40) renunciando a la restricción de Ayacucho en *Un hombre muerto a puntapiés*, decisión simétrica a la que incluye las *Obras completas* de Jacques Roumain (nº 56) en vez de la novela única *Gobernadores del rocío*; José Martí por las crónicas sobre Estados Unidos (nº 42) a expensas de la amplitud programática de *Nuestra América* y su sucesión (nº 18) y la expansión poética contemplada en la *Obra* (nº 40).

Una figura domina el conjunto tanto por cantidad de títulos escogidos como por variedad de textos incorporados, y es Miguel Ángel Asturias. En la obra del guatemalteco distinguido con el Premio Nobel en 1967 y en cuya tumba del Père Lachaise se impone una escultura maya, la Colección Archivos parece haber encontrado una divisa latinoamericana para la crítica genética. El método funciona así como canonizador aséptico con la presunta prescindencia de quienes lo aplican, con un hábito de objetividad fraguada que simplifica en la mera operatoria las alternativas de una selección tanto o más arbitraria que las otras, donde si se desplaza la vaga inclinación del gusto y la pretenciosa autoridad del catedrático es en favor de un dudoso científicismo que no vacila en sacrificar los textos en aras de una rigurosidad que apenas vale para ciertos estudiosos y que solo esporádicamente añade originalidad a lecturas que proceden por otros mecanismos.

No es mi propósito postular un nuevo canon de la literatura latinoamericana, en especial porque desconfío de que se resuelva como tarea individual. Admito el canon como guía general, como orientación de lectura, no como asignación inamovible de

valores. A esos listados enfáticos, más aun cuando se enuncian con una entonación “tan soberbia, gallarda y belicosa” como la que emplea Bloom, prefiero estudiarlos como construcciones críticas y tratarlos con la irreverencia que recomendaba Borges para las tradiciones. Es más: postulo un comparatismo latinoamericano “a la Tom Castro” amparado por el relato de Borges, que en lugar de operar por analogía opere por diferencias, que en lugar de recostarse en las seguridades de las semejanzas se empeñe en encontrar las discontinuidades.

Si me seducen los juegos con lo canónico como los que de modo irregular he implicado en esta presentación es en tanto puedo desafiarlos con algunas calificaciones que rozan lo provocativo y eventualmente lo escandaloso: apelo así al estrecho canon de la literatura humorística, el confuso canon de los géneros “menores”, el canon maldito. O bien, como proclamaba el proyecto de Ayacucho admitiendo el carácter arbitrario, es decir pasional y desregulado, de la biblioteca: esa comunidad imaginada en que confluyen textos y autores que difícilmente podrían nuclearse excepto en los anaqueles sobrecargados de la propia sala, sujetos a relaciones excesivas y vínculos impensables, sometidos a las mixturas más impropias que demanda la construcción de un proyecto tan original y una voluntad tan esforzada como la que proclama la utopía de América.

BIBLIOGRAFIA

- ANDERSON, Benedict (1993 [1983]). *Comunidades imaginadas*. México, Fondo de Cultura Económica (Traducción de Eduardo L. Suárez).
- AUERBACH, Erich (1993 [1942]). *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. México, Fondo de Cultura Económica (Traducción de I. Villanueva y E. Imaz).
- BLOOM, Harold (2009 [1994]). *El canon occidental. La escuela y los libros de todas las épocas*. Barcelona, Anagrama (Traducción de Damián Alou).
- ____ (1991 [1973]). *La angustia de las influencias*. Caracas, Monte Ávila.
- BORGES, Jorge Luis (1975). *Obras Completas*. Buenos Aires, Emecé.
- BUCK-MORSS, Susan (2005). *Hegel y Haití. La dialéctica amo/esclavo: una interpretación revolucionaria*. Buenos Aires, Norma.
- CALVINO, ÍTALO (1993). *¿Por qué leer los clásicos?* Barcelona, Tusquets (Traducción de Aurora Bernárdez).
- CANDIDO, Antonio (1989). *A educação pela noite*. São Paulo, Ática.
- CARVALHAL, Tânia Franco (1996). *Literatura comparada*. Buenos Aires, Corregidor.
- CORNEJO POLAR, Antonio (1994). *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural de las literaturas andinas*. Lima, Horizonte.
- CURTIUS, Ernst Robert (1995 [1948]). *Literatura europea y Edad Media Latina*. México, Fondo de Cultura Económica (Traducción de Antonio Alatorre y Margit Frenk Alatorre).
- FANON, Frantz (2007 [1961]). *Los condenados de la tierra*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto (2006). La Habana, Fondo Cultural del ALBA.
- FOUCAULT, Michel (1969). *Qu'est-ce que c'est un auteur?* Conferencia presentada en el Collège de France ante la Sociedad Francesa de filosofía el 22 de febrero de 1969.
- GRÜNER, Eduardo (2010a). *La oscuridad y las luces*. Buenos Aires, Edhasa.
- ____ (2010b). "La 'otra' modernidad. La revolución haitiana: una rebelión (también 'filosófica')". *Espacios de crítica y producción* N° 43. Edición especial Bicentenario de la Revolución de Mayo. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, agosto (76-87).
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael (1987). *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*. México, Fondo de Cultura Económica.
- HAUSER, Arnold (1998 [1951]). *Historia social de la literatura y el arte*. Madrid, Debate (Traducción de Antonio Tovar y F. P. Varas-Reyes).
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro (1949). *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México, Fondo de Cultura Económica (Traducción de Joaquín Díez-Canedo de *Literary currents in Hispanic America* [1945]. Cambridge, Harvard University Press).
- ____ (1978 [1925]). *La utopía de América*. Caracas, Biblioteca Ayacucho N° 37.
- MARTÍ, José (1992). *Obras escogidas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- MIGNOLO, Walter (2003). *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Madrid, Akal.
- MORAÑA, Mabel, Enrique Dussel y Carlos Jáuregui (eds.) (2008). *Coloniality at large. Latin America and the Postcolonial Debate*. Durham & London, Duke University Press.
- NITRINI, Sandra (1997). "O comparatismo latino-americano". *Literatura Comparada: história, teoría e crítica*. São Paulo, Editora da Universidade de São Paulo (pp. 61-104).
- ORTIZ, Renato (2004). *La supremacía del inglés en las ciencias sociales*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- QUIJANO, Aníbal (1997). "Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina". *Anuario Mariateguiano* vol. IX N° 9, Lima.
- PIZARRO, Ana (org.) (1985). *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- RAMA, Ángel (1984). *La ciudad letrada*. Montevideo, Fundación Internacional Ángel Rama.
- ____ (2006). *Literatura, cultura y sociedad en América Latina*. Edición de Pablo Rocca y Verónica Pérez. Montevideo, Trilce.
- ____ (2008 "[1982]"). *Transculturación narrativa en América Latina*. Buenos Aires, El Andariego.
- ____ (1979). *Aportación original de una comarca del Tercer Mundo: Latinoamérica. Latinoamericana*, Cuadernos de Cultura Latinoamericana n° 73. México, UNAM.
- ____ (1972). *Diez problemas para el novelista latinoamericano*. Caracas, Síntesis Dosmil. Reeditado en *La novela en América Latina: Panoramas 1920-1980*. Bogotá, Procultura/Instituto Colombiano de Cultura, 1982.
- ____ (2008). *Diarios 1974-1983*. Buenos Aires, El Andariego.
- RODÓ, José Enrique (1977 [1900]). *Ariel. Motivos de Proteo*. Caracas, Biblioteca Ayacucho n° 2.
- ROIG, Arturo Andrés (2008). *El pensamiento latinoamericano y su aventura*. Buenos Aires, El Andariego.
- SAID, Edward (2003 [1978]). *Orientalismo*. Barcelona, De Bolsillo (Traducción de María Luisa Fuentes).

SPITZER, Leo (1970). *Études de style, Analyses de textes littéraires françaises 1918-1931*. Paris, Gallimard (Traducción de Jean-Jacques Briu).

STEINER, George (1987 [1984]). *Antígonas. Una poética y una filosofía de la lectura*. Barcelona, Gedisa (Traducción de Alberto L. Bixio).